



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/)
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

Con voz propia: Agustina Rabaini
Daniela Allegrucci
Letras, (8), e170, 2019
ISSN 2524-938X
<http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/letras>
FPyCS | Universidad Nacional de La Plata
La Plata | Buenos Aires | Argentina

Con voz propia: Agustina Rabaini

Por **Daniela Allegrucci**

daniss03@gmail.com

Centro de Investigación en Lectura y Escritura (CILE)
Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata – Argentina

Resumen

En esta entrevista, Agustina relata su vínculo con las letras y el amor impregnado que todavía registra de su ciudad natal, Santa Fe. Los viajes en el río Coronda, mudanzas, hijos, cuadros de fotos que llenan su escritorio, alguna canción de The Beatles junto con los aromas que se desprenden de la cocina de su madre, mixturas de culturas heredadas que la vuelven protagonista de numerosos escritos, poemarios y relatos de vida.

Palabras clave

lectura, escritura creativa, poesía, periodismo, libros

Agustina Rabaini es periodista, escritora y crítica de arte. Tiene numerosas publicaciones y trabaja para varios medios entre los que se destacan *La Nación*, Revista *Sophia* y el blog de la librería de *Eterna Cadencia*. Nació en la ciudad de Santa Fe, en 1974, y vive en Buenos Aires desde 1982.

Participó en distintos talleres literarios y como escritora publicó el libro de poemas *Al borde de los días* (Alción Editora) y el libro *Del Bosque florido* (Periplo ediciones), una reunión de recuerdos y recetas sobre su madre, Silvia Morizono. Su formación por la escritura la llevó a anotarse en la Maestría en Escritura Creativa que dicta la Universidad Nacional de Tres de Febrero (UNTREF).

En la actualidad dicta talleres de escritura y realiza clínica de obra en Buenos Aires y otras ciudades del país (Rosario, Córdoba, La Plata, Mar del Plata).

Agustina tiene el pelo dorado y un hablar lento y desapresurado como toda persona del interior, donde la calma y la templanza parecen ser atributos poco explorados del común de la gente. Su pasión por las letras y la escritura se evidencia ni bien se establece el diálogo. Su manera de enlazar cada una de las palabras permite explorar un modo distinto de conocer el mundo y todo lo que eso conlleva.

DA: ¿Cómo fue tu infancia y la cotidianidad de tus días? ¿Cuánto queda de tu provincia natal y qué no?

AR: Nací en la ciudad de Santa Fe y viví allí hasta los ocho años. Después nos mudamos con mi familia a Buenos Aires y siempre nos estuvimos moviendo, un poco por las mudanzas y también por algunos viajes.

A Santa Fe volví siempre, a estar y compartir con mi familia materna y paterna, y de esa ciudad con orilla del río me quedan mis primas, el mate, la playa de río, las horas de la siesta, y en especial todo lo vivido en una casa centenaria en las afueras, a orillas del río Coronda, donde pasamos largas temporadas con una libertad y un contacto con la naturaleza que extraño mucho. En especial ahora, en medio del desafío de criar a mis propios hijos con fondo urbano y techos más bajos, ambientes más chicos y juegos diferentes de los de mi infancia.

DA: Si pudieras remitirte a un momento de la infancia y detener el tiempo, ¿cuál sería?

AR: De mi infancia podría detenerme, por un lado, en cualquier momento al lado de mi abuela materna, Blanca, un verdadero faro de calor y nobleza; la persona que me enseñó el amor, con sus gestos simples. Tenía un inquebrantable amor por el trabajo, aún con cierta idea de sacrificio y esfuerzo que también busco combatir. Y eso aún cuando los días sean esforzados y cuesta arriba para cualquier mujer madre que viva y quiera tener una vida propia y salir adelante por estos días en este querido país.

El segundo recuerdo es en el parque de mis abuelos en el campo en Santa Fe, a orillas del río, y en especial en una canoa vieja a la que me subía a cualquier hora del día para ir a dar una vuelta desde el arroyo hacia el río, esos ratos de soledad sabiendo que la familia esperaba a la vuelta.

DA: Y tenés presente ese recuerdo de la foto de la bisabuela Noye como —momentos y paisajes— inolvidables de tu vida que se vuelve una constante a la hora de escribir, ¿no es así?

AR: Hay fotos familiares mezcladas con fotos de artistas que admiro que están siempre ahí, en las paredes de casa, en los espejos y sobre mi mesa de trabajo, y son una inspiración constante: los abuelos, mis hijos y mi sobrino (hijo de mi hermana gemela), pero también trazos de acuarela o grafito, paisajes, algo de Matisse por ahí, un dibujo de Eduardo Stupía por allá, obras y fotos de amigos en la paredes, dibujos de mis hijos, pósters de películas, y también alguna manta o tulma tejidas. Vivo rodeada de imágenes y de colores porque me ayudan a vivir.

El proceso de la escritura

DA: Hay un mito en relación al pánico a la hoja en blanco. Me pregunto cómo es ese proceso y el hábito de escritura que empleas, ¿lo hacés en la computadora o en papeles sueltos?

AR: Soy un poco desordenada con mis hábitos de escritura y aprendí a amigarme con eso. Voy anotando ideas que me mando por mail permanentemente, y tengo carpetas con textos en proceso, además de las notas en los cuadernos. Me pasé la vida guardando y leyendo textos de otros que ahora comparto en mis clases de escritura y redacción periodística. Escribir y leer nunca estuvo separado para mí, van juntos y se cruzan y fusionan todo el tiempo.

DA: ¿Cuánto hay de tu pasado en la escritura? Los abuelos, Japón y la historia más próxima del vínculo con tu madre.

AR: En lo que escribo hay pasado porque el mundo que estuvo ahí mucho antes que yo, y sobre eso busco volver la mirada para entender, aprender, viajar en el tiempo. Tuve un abuelo japonés y abuelos que tenían padres italianos y españoles. En esa fusión de culturas creció mi mamá, Silvia Morizono. Con ella compartimos muchas historias, y algunos intereses en común: la cocina, la lectura, la búsqueda estética en medio de lo cotidiano. La vida, en fin, y cierta idea de lo importante de reunir y alimentar los vínculos afectivos.

DA: ¿Qué te inspira a escribir y qué significado le das a la escritura? ¿Y a la lectura?

AR: Voy encontrando motivos o ideas en medio de lo cotidiano, puede ser una pequeña imagen, una idea, algo que me convoca y que después se convierte en disparador de un texto o un proyecto. Para mí escribir es un refugio seguro, sé que puedo ir a la página y dar unas vueltas ahí, ver con asombro en todos los casos, cómo las palabras van armando un sentido o un camino. Escribir me ordena y me permite jugar, armar y desarmar, salir de la rigidez de las obligaciones y puedo olvidarme completamente en ese ratito en el que estoy inmersa y concentrada, ahí. La lectura es algo constante, siempre tengo un libro o pantalla en la mano o en las mesas de casa.

DA: ¿Cuáles son tus recomendaciones a la hora de escribir?

AR: Empezar a escribir por lo que uno conoce o lo conmueve o interpela o lo enoja, no buscar más lejos de ahí. Si voy a escribir sobre algo que no conozco, salgo a investigar y a buscar antes y me armo un pequeño borrador con ideas, disparadores, preguntas, todo para ir buscando qué quiero contar, el cómo es algo que viene con la escritura, después.

Luego de un tiempo, lo importante es poder escribir y buscar e insistir, ser disciplinado y detectar los lugares de comodidad, nuestros lugares comunes e ir contra eso. Escribir en contra de uno mismo, llegado el caso. Y ser perseverantes, persistentes, trabajar mucho, buscar y no dejar de buscar.

DA: Se dice muy a menudo que la escritura parte del interior, de las vivencias y experiencias, ¿cuánto y qué tomás del «mundo exterior» para escribir?

AR: Hay que poder mirar hacia adentro y hacia lo que existe, como dicen los maestros, y lo digo desde el asombro y de sentirme parte de algo muy grande y misterioso, desconocido, de algo del orden casi de lo sagrado. Hay algo propio que sale de nuestro interior y creo en eso porque es lo que, en definitiva, imprime autenticidad, originalidad o verdad al texto. Pero siempre atentos a todo eso que viene y se mete, se mezcla, se transforma y nos hace tener algo para decir, y sentirnos menos solos, vivir con intensidad y tener el privilegio de contarlo.

DA: ¿A qué tipo de libros recurrís?

AR: Vivo rodeada de libros y leo poesía incansablemente, pero también entrevistas, crónicas, cuentos, letras de canciones y voy al cine y al teatro, todo lo que puedo. La lista de autores es amplia pero hay textos breves, en particular, o autores que trabajan desde un registro o valoración de un material que vamos a llamar sensible, los que trabajan con la forma, la voz, el ritmo, la musicalidad y las imágenes desde una mirada propia, cultivada.

Editar y publicar un libro

DA: ¿Cómo pensás la publicación de un libro? ¿Qué cosas se ponen en juego a la hora de publicar tus propios escritos?

AR: Los libros van encontrando su forma y me parece importante respetar el tiempo de cada proceso. No pienso tanto en cómo va a ser un proyecto sino en la cocina, en el durante, esa es la parte que le da sentido a todo. Lo lindo o importante está ahí, en el recorrido y en el cuidado y corazón y rigor que uno pone.

Si es un libro en prosa o en verso, si es un libro de crónicas o de entrevistas, o un ensayo, eso es algo que va pidiendo cada tema. Y no es algo que pienso solo para mis proyectos si no todo el tiempo en clase o cuando edito textos periodísticos. Es un desafío apasionante poder encontrar la mejor forma y desarrollo para cada material en particular. Y aún más si hay imágenes, es un tema aparte pensar en cómo conviven y dialogan las imágenes y las ilustraciones con los textos.

DA: Estás dando talleres de escritura autobiográfica, ¿cómo surge esa iniciativa y cómo es pensar la autobiografía como recurso literario?

AR: Los talleres son un espacio de búsqueda y aprendizaje constante en principio para mí y ojalá, en algún sentido, para los que se acercan a las clases. Es una bendición y responsabilidad grande poder acompañar los procesos creativos e individuales de personas que llegan con la ilusión, la necesidad o el impulso de empezar a escribir o proyectar un libro y plasmar un mundo propio, ya sea en un registro autobiográfico o en textos de ficción, con una realidad inventada o fantástica. A la autobiografía, en este tiempo de tanto

protagonismo del yo y exhibición de lo personal en las redes, me parece que es momento de darle una vuelta nueva y encontrar modos propios, con toda la libertad del mundo pero también mirando hacia atrás para ver, si queremos inventar, jugar o romper, qué y para qué. Fuera de eso, es un momento de enorme libertad en términos formales y expresivos. Y eso conlleva un desafío. Una vez me dijo un editor: «Escribí tu nota soñada». Hay que vérselas también con uno cuando te dan tanta libertad. Los límites, acá y allá, siempre van a ser necesarios.

DA: ¿*Del Bosque florido* surge en esa lógica? ¿Cómo fue ese proceso de escritura y de conjugar la vida, las anécdotas con la cocina?

AR: *Del Bosque florido* nació de las ganas y la necesidad de escribir algo que pudiera homenajear y también atravesar mi historia compartida con mi madre, una mujer que vivió con mucha intensidad, y una gran cocinera. Un día vi a mi hija pedirle a mamá un plato japonés para su cumpleaños y pensé en la posibilidad de reunir sus recetas para compartir con otros, y así empecé a pensar en acompañarlas con algunas postales o estampas. Tuve la fortuna de encontrarme con Eloise Alemany, editora de Periplo, una editorial que cruza con delicadeza y pasión el mundo de la cocina, el diseño y la literatura, y más tarde se sumó una ilustradora que admiro, Florencia Kaneshiro. El libro está integrado por quince recuerdos asociados a lugares de nuestra vida compartida con mamá. El resultado fue un verdadero viaje personal lleno de preguntas en torno a mi madre habiéndome convertido yo misma en madre (de Anita y Pedro). Y de un interés cada vez mayor por el mundo japonés, que sigo investigando sin pausa.

DA: ¿Cómo pensaste y/o elaboraste cada uno de los poemas?

AR: Tengo un libro de poemas publicado, *Al borde de los días* (Alción editora), que escribí cuando mis hijos eran más chicos, y estoy trabajando en la edición de un nuevo poemario. Los textos del libro con mamá, están escritos en prosa, son textos pequeños, a modo de inventario, viaje, rescate.

DA: Y esa fusión tan poco explorada entre maternidad/cocina/escritura ¿Qué hay de cierto en eso de que los libros son como los hijos?

AR: Los libros son como hijos en tanto creaciones o prolongaciones de lo que uno desea, pero no creo que uno «cree» a los hijos... ahí sucede algo más complejo y misterioso —los embarazos de mis hijos fueron momentos felices, que viví con mirada atenta pero sobretodo, extrañada— y ahí hay una gran diferencia.

Agustina por Agustina

DA: ¿Cuál sería el telón musical de tu vida?

AR: Caetano Veloso, Charly García, Beatles, Satie, y alguna canción suelta bella y querida del mejor folclore como «Oración del remanso» (que me lleva directo al paisaje de mi infancia). En inglés, puedo pasar de Elton John y Ella Fitzgerald a Billie Holiday y Bowie, Patti Smith o los Kinks sin escalas. Y adoro mucho, mucho, a Nina Simone.

DA: ¿Qué hubieras sido si no hubieras elegido el periodismo?

AR: El periodismo me dio la posibilidad de trabajar, conocer y entrar en la vida de personas muy diferentes, además de dar visibilidad (con suerte, alguna vez) a situaciones que estaban en la sombra y que me trajeron luz o rabia y me pusieron en acción, por desconocidas, por injustas o alejadas de mi propia vida. Estoy muy agradecida de la oportunidad de vivir el oficio, y del tiempo transcurrido en redacciones con jefes, colegas y compañeros de los que aprendí y sigo aprendiendo ¿Qué hubiera hecho de no poder dedicarme a algo que no tuviera que ver con escribir y conversar, pensar, compartir con otros? Mi primera elección de carrera fue psicopedagogía y la instancia de entrevista siempre me pareció fascinante, además del trabajo con personas más jóvenes. Pero si buscara alguna otra cosa, me hubiera gustado incursionar más intensamente en la fotografía. Me apasiona y también era y soy muy feliz detrás de una cámara. Y me encanta el cine, claro.

DA: Te gusta el arte y la fotografía es una rama que explorás desde el amateurismo, ¿verdad?

AR: Siempre he estado sacando fotos, y me gustaría hacerlo todavía más. Cuando viajo me dejo llevar, y en lo cotidiano solo en algunos momentos, pero es algo cotidiano. Hay algo en el encuadre, el recorte, en lo que uno incluye y lo que queda fuera de campo que se parece a lo que hacemos al escribir. La posibilidad de afinar la mirada y la sensibilidad a través de la escritura y las fotos es una alegría y un alivio para mí. Creo y definiendo ese espacio en la medida que las obligaciones y la vida práctica me lo permiten, casi como un modo de estar o de vivir. La importancia de tener un espacio propio y de encontrar ese medio de expresión o disfrute es algo que busco también contagiar en los otros y que veo en mis hijos, con sus intereses personales, sus modos, sus personalidades.

DA: ¿Un proyecto por cumplir?

AR: Sigo escribiendo poesía y haciendo entrevistas, y leo cada vez más ficción, lo que también está llevándome a un mundo menos atado a lo real y concreto y cotidiano. La literatura también es un lugar y una excusa para no olvidarnos de jugar, y no lo digo desde la ingenuidad. Cortázar decía que la literatura es un juego serio que podía hacer siendo adulto. Por lo demás, tengo algunos proyectos con colegas y amigos que escriben, hacen películas, sacan fotos o pintan y etc. Estar cerca de ellos es muy estimulante tanto en términos creativos como afectivos. Pero hay algo más me pone muy contenta: en agosto vuelvo a la universidad, a cursar la Maestría en Escritura Creativa de la UNTREF y es un lindo desafío nuevo y oportunidad... volver a clase.

Agustina además de todo lo narrado es mamá, dicta talleres y se prepara para seguir formándose en las aulas de las Universidad Pública. Cree en la escritura y la lectura como unidad que permiten borrar la idea aburrida y desesperante del día como 24 horas repetidas. «La literatura puede ayudarnos a borrar y olvidar —un poco— eso. Estar entre libros, imágenes y palabras vuelve la vida un lugar menos concreto y más abierto, vertiginoso también, pero fuera de lo que, desde la razón, puedo agarrar o controlar. En medio de esa belleza o intemperie, la escritura me tranquiliza, o eso intento creerme. Pero Patti Smith, esa gigante, lo dice mejor que yo: «Escribimos porque no podemos limitarnos a vivir».